

EN TORNO A LA ERRÓNEA UBICACIÓN DE SAGUNTO Y SUS ORÍGENES EN APIANO

Luciano Pérez Vilatela

Apiano de Alejandría (a. De 100- d. de 161 d. C.) fue uno de los grandes historiadores del Imperio Romano en lengua griega (GABBA, 1959: 361 s.) En su obra culmina un modo de escribir Historia, de larga tradición entre los helenos, la *Ἱστορία κατὰ γένη*, o sea, la Historia general tratada según razas o etnias, las cuales en determinado momento de su curso histórico tomaron contacto con los romanos, el pueblo conductor y que da ilación al conjunto. Su obra histórica no sólo incluye estos países (Iberia, Céltica, Iliria, Siria, etc.) sino también secciones separadas dedicadas a enemigos singularmente señalados de Roma, como Aníbal (HANN, 1972: 95 s.) o Mitrídates VI Eupator, rey del Ponto, los cuales en tanto que personajes ocupan sendos libros de la "Historia Romana", sobreimponiéndose a la eventual designación de sus respectivos pueblos (el cartaginés o púnico y el pónico, respectivamente) en la concepción histórica apiana (SCHWARTZ, 1895, *RE* col. 361 s.; 363-365 principalm; GRIFFITH, 1968: 206 s., 222 s., 239; GOLDMANN, 1988: 23 s.; STEIDLE, 1983: 402 s.). El último de estos estudiosos propone una valoración "estructural" de esta forma apiana de historiar, la cual tiene su iniciador sistemático en un historiador muy anterior, Éforo de Ciumas (de la *Kyme=Cumas* de la Eólida, no de la itálica), el cual había vivido en el siglo IV a. C. (DREWS, 1963: 244 s.) y se había ocupado, en la

medida de lo posible de los pueblos de extremo Occidente, los íberos y los celtas.

De la biografía de Apiano se saben pocas cosas, pero precisamente alguno de los extremos precisables de su vida, creo que tienen una estricta relación, una suerte de hipoteca causal con los prejuicios e ideas concretas que Apiano desarrolla a propósito del asedio de Sagunto por Aníbal en 219 a. C.

La primera de ellas es una obviedad, la de ser alejandriota, es decir, en su caso concreto la de ser un heleno, un cosmopolita en una megalópolis emplazada en un país ensimismado en su propia idiosincrasia egipcia, la que desde el Bajo Imperio se irá redefiniendo como “copta” —no sin la aceptación de masivos préstamos de la lengua y *paideia* griegas, aún presentes en la Iglesia copta y en la minoría helenófona de Alejandría— El helenismo de Alejandría, la ciudad fundada por el rey-dios macedonio en Egipto, el país que lo acogió como verdadero dios viviente y en el que quiso el simpár Alejandro reposar eternamente, ha estado presente en la cultura occidental hasta casi nuestros propios días, en que floreció el delicadísimo, límpido, inmenso poeta Konstantinos Kavafis (1863-1933), que escribió obviamente en lengua griega y cuya patria espiritual estuvo entre los helenófonos de cualquier punto cardinal.

Pues bien, de la misma manera que Seferis y otras docenas de miles de helenófonos prestigiaban el Egipto, masivamente arábóno en la primera mitad de nuestro siglo, hace más de mil ochocientos años había también unas decenas de miles, probablemente varios cientos de ellos en Egipto, país cuya lengua mayoritaria era otra, ni helena, ni indoeuropea, sino derivada de la antigua lengua camítica de los faraones, mediatizada por el semita y por las aportaciones del griego koiné; total, el copto antiguo.

Pero hay más: la Alejandría de principios del siglo II d. C. Era una ciudad enorme y además había colonias y grupúsculos de

helenófonos por todo el país. Pues bien, no todos estos helenófonos tenían una misma *paideia* ni un mismo linaje. Se calcula que casi la mitad de los alejandriotas (y helenófonos, por añadidura) eran de religión judía. Alejandría era la metrópolis cultural del judaísmo tras la sublevación hebrea de 67 d. C. y la destrucción subsiguiente de Jerusalén, corazón de la revuelta en 70 d. C. por Tito, general y heredero del emperador Vespasiano.

El ambiente de los hebreos de Alejandría que experimentó Apiano fue el mismo. Durante el reinado de Trajano, los judíos egipcios y palestinos volvieron a sublevarse, cuando Apiano era todavía un jovencuelo. Así sabemos positivamente (App. fr. 19, VIERECK, ROOS) que Apiano, como griego pagano y en consecuencia de "nacionalidad" romana fue atacado y perseguido por una de estas partidas hebreas integristas, que deambulaban por Egipto, Cirenaica y Palestina.

La sublevación hebrea se cebó en los *goím*, los "gentiles" de Alejandría y otras ciudades en Palestina, pero ninguna de la categoría de ésta. Uno de los judíos alzados contra Roma, *Bar Kochbas* (o "Kojbas", según pronunciación castellana) se autoproclamó *masiah* "mesías" en Palestina y acuñó moneda a su nombre (BARON, 1968: 104 s.) Parece que los helenófonos gentiles fueron perseguidos con más saña incluso que los romanos.

Pero ya habrá podido apreciar el lector de buena fe, que es un dato normal, habitual, rutinario más que bimilenario, el hecho del bilingüismo en una misma sociedad, un mismo estado, una misma ciudad y que en sí mismo, sólo ha ofrecido problemas de convivencia desde la invención del "nacionalismo" con señas de identidad lingüísticas a lo largo del siglo pasado por autores principalmente alemanes que inspiraron la destrucción del Imperio Austrohúngaro, la fundación de Checoslovaquia o Yugoslavia, el nazismo, el sionismo o el integristismo racista de Arana Goiri. Pero a lo largo de los últimos milenios, el pluralismo lingüístico, la falta de "normalización lingüística", ha sido la atroz culpable de fenómenos tan

aberrantes como Calímaco, Eratóstenes, Clemente de Alejandría, Orígenes, Apiano, Kafka, Rilke, Mähler, Jakobson, Meyrink, Listz, Miloszc, Seferis, Eichenbaum, Canetti, Spinoza, León Hebreo, y horror pleno ya: de Timoneda, Guillem de Castro, Gaspar Aguilar, el deán Martí, Mayáns, M. Hernández, Azorín, G. Miró, Gil Albert, Brines, ...

Los problemas que se han planteado en las comunidades plurilingües de los anteriores milenios —excluido el siglo XX— han sido del mismo jaez que en las comunidades monolingües: motines de subsistencias; tensiones y luchas de clase o estallidos de intolerancia religiosa vg., como el que estamos tratando.

En fin, Apiano ejerció como abogado en una ciudad cosmopolita, abigarrada y culta como pocas en la Historia. Gracias a la recomendación del retórico y escritor latino Frontón (*ep. Ad Antonianum* 9; CHAMPLIN, 1974: 149 s.) ante el emperador Antonino Pío (138-161 d. C.) Apiano que se había trasladado a Roma para ejercer como *advocatus (fisci)* fue promovido, no sin oposición, al orden ecuestre (PFLAUM, 1950: 204 s.) y al cargo de *procurator Augusti* (*App. praef.* 62; GABBA, 1967: VIII s.) según nos confiesa él mismo en un pasaje del “prefacio” a su “Historia Romana”. Algunos de los reproches que se hicieron, eran manifiestamente mendaces, uno de ellos, el de ser ignaro en latín. Es falso, Apiano conocía bastante bien el latín (SCHWARTZ, 1895, col. 363 s.; HERING, 1935: 9 s.), aunque no pudiese manejarlo como un prestidigitador de la retórica, a la manera de los políticos de entonces. Parece que para su promoción a un cargo tan importante, hubo de esperar al principado de Marco Aurelio y Lucio Vero (161- 169 d. C.) —emperadores de origen hispano, aunque nacidos en Italia— como sugiere Gelzer (*Gnomon* 31, 1959, p. 180).

Durante los primeros siglos del Imperio, el cultivo de la Historia como disciplina correspondió a personajes de alta extracción, bien del orden senatorial o bien del ecuestre, como es el caso de Apiano (MILLAR, 1964: 5 y notas).

En Apiano es menor que en otros escritores griegos de la época imperial romana, y sobre todo oradores, el arcaísmo lingüístico que se traduce a veces en un gusto nostálgico por la antigua grandeza de los griegos independientes antes de los romanos (BOWERSOCK, 1969: 15 s.)

Apiano es una fuente bastante importante, aunque no fundamental para las guerras púnicas, a través de sus libros “Líberica”, “Ibérica” y “Sobre Aníbal” (HAHN, 1972:95 s.) principalmente, pese a escribir trescientos cincuenta años después de los hechos (KLOTZ, 1936). Por lo tanto, los estudiosos contemporáneos se han ocupado con afán particular, más de sus posibles autores-fuentes que del propio texto apiano. Así Hahn (HAHN, 1982: 251-276) propone a Timágenes de Alejandría —historiador contemporáneo de Augusto— y a Nicolás Damasceno (s. I a. C.) (OTTO, *Re* II A. Col. 1515 s.; ID., *Re* IX col. 2513 s.; JACOBY *FGrH*) como autores intermediarios entre las fuentes más directas de las guerras púnicas y Apiano, siguiendo en el primero de ellos una propuesta de Alfred Klotz (KLOTZ, 1936: 113 s.)

Para un hombre educado alejandriota, el hecho de reconocer lo helénico en cualquier rincón de la ecumene, coexistiendo con las más variadas culturas era algo lógicamente esperable cuanto mayor fuere el grado de civilización alcanzado por cualquiera de tales culturas (GÓMEZ ESPELOSÍN, *ANRW* 34, 1).

La profesión de Apiano era, según queda dicho, la de abogado en ejercicio en Alejandría primero, en Roma después. Como tal profesional estaba habituado a la desigualdad ante la ley, ante los fueros personales según etnia, religión, y mayor o menor penetración de la helenidad y de la romanidad. Así, sus conciudadanos mayores habían podido constatar que los hebreos alejandriotas, helenófonos o arameohablantes habían pagado voluntariamente un impuesto peculiar, el *fiscum Iudaicum* para el sostenimiento del Templo de Jerusalem, impuesto que recaudaban frecuentemente los mismos arrendatarios de los impuestos civiles;

fuesen tales judíos ciudadanos romanos o peregrinos. Muchos griegos paganos de Alejandría eran ciudadanos romanos. Otros no. Muy pocos egipcios camíticos solían gozar de la ciudadanía romana. Había por supuesto, esclavos y libertos de diversas razas, negros incluidos. Apiano es un observador cosmopolita y además, jurídicamente impregnado hasta la médula de la tradicional desigualdad ante la ley de comunidades, familias y personas, de la preeminencia del fuero personal ante cualquier eventualidad de consideración de territorialidad. Así debía funcionar una *polis* culta y desarrollada.

Incluso el estudio de las monarquías helenísticas y singularmente la del Egipto lágida, estado fundado por sus antepasados biológicos, los colonos greco-macedónios instalados en el valle del Nilo por Alejandro y su general Ptolomeo Lago, está contemplado desde la perspectiva romana en la “Historia Romana” del alejandriota (GABBA, 1957: 339 s.; BOWIE, 1981: 199). Desde luego, Apiano no pretendió engañar a nadie mediante el título de su obra. Bowie cree advertir una cierta apatía entre los historiadores griegos de época imperial hacia la historia estrictamente contemporánea, habiendo optado por historias de personajes particulares, como Alejandro, por monografías sobre campañas militares o biografías sobre emperadores anteriores. Apiano es una de las principales excepciones, junto a Dión Casio y Herodiano, pero desgraciadamente, los libros dedicados a la historia de su propio siglo se han perdido (JACOBY, 1909: 115 s.; GABBA, 1957: 334 s.; ID, 1959: 370 s.; BOWIE, 1981: 201).

Con estos presupuestos, vamos a acceder ya al pasaje apiano que nos ocupa. Dice así:

“Los saguntinos, colonos oriundos de Zacinto, que viven a mitad de camino entre los Pirineos y el río Ebro y todos los restantes griegos que habitaban en las proximidades del llamado *Emporion* y en cualquier otro lugar de Iberia, temiendo por su seguridad personal, enviaron embajadores a Roma. El senado, que no quería que se acrecentara el poderío cartaginés, envió a su vez, embajadores a Cartago.

